

## **MIÉRCOLES DE CENIZA**

**1ª lectura** (Joel 2, 12-18): *Convertíos a mí de todo corazón.*

**Salmo** (50, 3-4.5-6a.12-13.14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado»*

**2ª lectura** (2ª Corintios 5, 20-6, 2): *Ahora es día de salvación.*

**Evangelio** (Mateo 6, 1-6.16-18): *Os aseguro que ya han recibido su paga.*

*Todo lo que ocurre se publica y todo es de opinión pública: todo lo que uno hace en un blog, todas las fotos en el facebook, todas las noticias e informaciones en los medios y en las búsquedas de google, todos los comentarios en twitter; y lo poco que queda por hablar y lo mucho por repetir se deja para los tertulianos de la pequeña pantalla. ¿Qué queda entonces por decir? ¿Qué se guarda para las conversaciones íntimas o qué mantiene uno en secreto? En nuestra sociedad solo queda en secreto aquello que es vergonzoso o peligroso para uno si todos lo conocen. Hasta el sentido de culpa parece difuminarse siempre y cuando nadie sepa lo que uno hace.*

*El ejemplo más claro y más cotidiano, cada vez que ponemos el telediario, son los casos de corrupción, que se dan cuando se mezcla el poder político, el lucro económico y el interés personal. La corrupción no es algo nuevo, si bien aumenta cuando hay abundancia de dinero y de impunidad. La novedad, por el contrario, es la reciente capacidad que tenemos en una sociedad como la nuestra, donde la consigna es que “todo ha de ser público”, es desvelar y poner a la luz las acciones, los culpables y los medios. Así se puede ganar un espacio para la justicia social, arrebatándola de la sombra de los que aparentan ser justos; sean políticos, empresarios, funcionarios...*

*Al denunciar los casos de corrupción, hacer más transparentes las cuentas, y controlar a políticos y legisladores, no llegamos al núcleo del problema; ya que este se encuentra en el fondo de las conciencias. El problema es que la injusticia y el delito, al que los cristianos llamamos “pecado”, solo lo sea cuando sale a la luz; es que nadie se plantea si hace bien o mal hasta que otros lo cuestionan, hasta que una ley lo dice o hasta que uno no tiene más remedio que reconocerlo. Una sociedad mejor no es solo la que saca a la luz las injusticias, sino aquella en donde la luz de la propia conciencia ayuda a clarear mayores horizontes de justicia.*

La ceniza que ponemos sobre nuestras cabezas simboliza una actitud que los cristianos queremos vivir, particularmente en este tiempo de Cuaresma. No se trata de ser cenizas, es decir: sabernos polvo arcilloso en las manos creadoras de Dios, cubrirse con la ceniza de la conversión y transformación personal al soplo del Espíritu, y sentirse encendidos por el amor del que Jesús nos habla, como ascuas y cenizas que no consumen sino que iluminan nuestro pequeño rincón del mundo. Esta es la actitud básica, de humildad y conversión, que se materializa en aquellas acciones a las que la Iglesia nos invita en este tiempo de Cuaresma: la limosna, la oración y el ayuno.

Al sabernos polvo nos reconocemos “*parte de un todo*”: el todo de un Dios y de una tierra que fuimos, somos y seremos, de forma que si rompemos los lazos con este todo nos resquebrajamos a nosotros mismos. Un todo que no es impersonal, porque está formado por rostros, y porque Dios mismo tiene un rostro personal con el que nos relacionamos. Esta es la experiencia de Israel, para quien los vínculos con Dios lo constituían como pueblo. Romperlos significa deshacerse, y por ello, como señala la profecía de Joel, todo el pueblo ha de volver a Dios cuando se separa de Él.

La fe colectiva de Israel poco a poco fue reconociendo, sin embargo, que la relación con Dios es también individual y no solo colectiva. Como dice el salmista, cada uno, sabiéndose polvo ante Dios y así también parte de su creación, conoce su imperfección y pecado, y por eso pide al Señor: *«no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo Espíritu»*.

La ceniza es el polvo que queda tras la fogata, y el recuerdo que permanece del fuego del amor de Dios que, una vez que prende, lo alcanza todo, hasta los lugares de nuestra vida que nosotros mismos dejamos al margen. Es la gracia de Dios, como dice san Pablo, la que hace de cada ahora una oportunidad y momento de salvación, es decir, una ocasión para dejarse quemar por amor. Ello requiere, por nuestra parte, una actitud de conversión: dejarse transformar por este amor. Así cada ahora se convierte también en un tiempo para cambiar, para renovarse y reconocer que nosotros, seres de polvo, no vivimos por méritos sino por gracia.

La actitud de conversión pasa entonces por la humildad. Desde ella Jesús en el evangelio plantea cómo el cristiano hace limosna, oración y ayuno. Tales acciones cobran sentido desde la actitud de un corazón que, ardiendo como ascuas en el amor de Dios, se descubre como la ceniza de tal amor gratuito. Si nuestras buenas obras las hacemos para el autobombo y el reconocimiento de los demás, si lo que tiene que quedar en secreto lo hacemos público, ello no solo quiere decir que nuestra actitud ni es de humildad ni de conversión, sino también que en lo oculto de nuestro corazón no hay amor sino puro interés: de riqueza, de poder, de ambición... **¿Qué y quién habita entonces en lo escondido de nosotros mismos, en nuestra conciencia más interior?**